



Madrid Comico

Director: SINESIC DELGADO

JOSEFINA ÁLVAREZ



Buena mujer, ¡pero buena!
y actriz de las de verdad.
No hay quien domine la escena
con más naturalidad.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Pasados por agua, por Eduardo Bastillo.—Resignación, por Juan Pérez Zúñiga.—Un crítico incipiente, por Carón.—¡A esos!, por Hctor Yrizar.—Fumemos, por Sinesio Delgado.—La pesadilla, por F. Serrano de la Pedrosa.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Josefina Álvarez.—La calle de Alcalá.—Presento á ustedes... por Cilla.



SR. D. ADOLFO LÓPEZ PICAZO.

Muy señor mío, de mi mayor consideración: Estoy conforme con las ideas que emite usted en su atenta carta del 31 de Marzo. No me parece bien que las señoritas se dediquen á abogadas ni á médicas, y encuentro mucho más lógico que sigan la carrera de madres de familia; pero ¿qué quiere usted? algunas mujeres vienen al mundo con irrevocables propósitos científicos; y así como hay quien nace con humor herpético en la nariz, y por más medicinas que toma no consigue desterrarlo, así también hay hembras que no hacen más que abrir los ojos á la razón, y ya están buscando la manera de intervenir en la cosa pública ó de tomar el pulso á los amigos ó de defender un pleito.

Las mujeres vulgares—que son las que nos gustan á usted y á mí—suelen pasar los días venturosos de la niñez vistiendo muñecas, jugando al corro y comiéndose el postre á espalda de las mamás; las que nacen con el germen científico entre pecho y espalda, invierten sus ocios infantiles metiéndose en la conversación de las personas mayores y sentándose en la boca del estómago, como hace la niña de los Sres. de Muletón, que en cuanto me ve, viene á preguntarme si es cierto que está escribiendo un drama D. Venancio González y si Romero Robledo se hace al fin conservador ó hermano de San Vicente.

Nada más agradable que ver una señorita repasando los calcetines paternos ó haciendo dulce de melocotón. En cambio, no he podido soportar nunca á esas marisabidillas que discuten y peroran, abandonando las labores domésticas y dejando que se pegue el arroz.

A los señores de Cacillo les ha nacido una hija que es una calamidad. Dice que quiere ser médica, y no hay medio de conseguir que cosa, ni que barra, ni que se peine.

—Eleuteria—le dice la madre,—recógete esos pelos, que pareces una bruja.

—¿Que si quieres! La chica no se cuida para nada del aseo personal, y toda su manía consiste en amontonar conocimientos y en conocer el cuerpo humano en sus menores detalles.

—Yo no he nacido para dedicarme á las tareas propias de la mujer—responde la chica.—Yo tengo sed medico-quirúrgica.

—Pero ¡Dios mío!—replica la madre.—¿A quién sales tú? No te pareces á mí, que á los cuatro años me subía mi abuela sobre el fogón para que cuidara el puchero, y á los cinco ya calentaba el agua para los huéspedes cuando tenían que darse pediluvios.

Y como la pobre señora está impedida de ambos remos, porque se cayó una vez en la calle y le pasó por encima un mozo de cordel que iba cargado con una cómoda, resulta que en aquella casa todo está sin hacer, pues la chica se pasa el día estudiando, sin cuidarse del polvo que cubre los muebles ni de los chafarriñones que matizan el suelo.

Quien sale peor librado es el señor de Cacillo, que á lo mejor tiene que ir á la oficina con el pantalón sujeto á la cintura por un alfiler de cabeza negra. Algunas veces se lo ata con una chalina vieja ó con un pedazo de balduque.

—Eleuteria—dice á su hija cariñosamente,—á ver si mañana te acurrias de coserme este botón.

—Bueno—contesta la futura médica, haciendo un gesto despreciativo.

Pero como los estudios embargan por entero su imaginación, olvida la costura y lo olvida todo, dando lugar á que el ilustrador de sus días saque el dedo gordo por un boquete que se le ha hecho en el calcetín.

El buen señor sufre y calla, y lo más que hace es decir á su mujer:

—Siempre es una satisfacción para nosotros que Eleuteria tenga talento y llegue mañana á ser una Federica Rubia; pero caramba! esto de que yo ande con el dedo gordo completamente destapado es cosa que me pone nervioso. El mejor día tengo que quitarme la bota en la oficina, y ¿qué van á decir los compañeros de negociado?

—¡Ay, si yo tuviese útiles los miembros!—contesta la esposa.

El caso es que los estudios de Eleuteria son causa de que en aquel domicilio no haya orden ni se hagan las cosas como Dios manda. Allí no se cose, ni se barra, ni se friega, y hay plato que tiene adheridas varias partículas de huevo desde hace dos meses.

Y mientras esto ocurra, Eleuteria devora textos y consulta obras con la noble esperanza de poder llevar al óbolo de la ciencia al lecho del moribundo.

Ya ve usted, amigo Sr. López, que no va usted descaminado en sus juicios al asegurar que la mujer tiene una alta misión que cumplir en el mundo, sin que vaya además á intrusarse en los asuntos confiados exclusivamente á los hombres. Todo lo que sea separarse del camino que á cada cual nos ha trazado la Naturaleza, es introducir la perturbación en nuestras costumbres y ocasionar males sin cuento.

Y si no fuera porque estoy de prisa y el espacio me falta, citaré algunos casos que conozco, además del ya referido, para demostrar de una manera concluyente que las mujeres doctoras son verdaderas calamidades, dicho sea sin ánimo de ofender á ninguna.

En cuanto mujeres, todas me parecen adorables; pero en cuanto doctoras... ¡quite usted, por Dios!

Conque ya conoce usted mi manera de pensar, Sr. López, y otro día, con más calma, volveré sobre este asunto.

Entretanto, cuénteme usted en el número de sus amigos, y ordene á su seguro servidor; Q. B. S. M.,

LUIS TABOADA.

PASADOS POR AGUA

Así pasan las cosas de la vida,
mi Encarnación querida.
Mientras tú, dando al diablo los consejos
de los amigos viejos,

te palma en el balcón abandonabas
y, al son del *Reurreuil*, los reflejos
de tu sol de tarófila buscabas;
espesos nubarrones,

rebozos de las locas primaveras,
inundaban la Plaza á chaparrones
y en el corral bañaban á las fieras.

Se suspendió la inaugural corrida.

la tarde más alegre de tu vida,

y, lejos del cornudo que se arranca,

¡qué triste y qué aburrida

te vi guardar tu mantillita blanca!

Marzantínis y Guerras y *Expertos*

me envidiarían verte hacer pucheros

y enjagarte esos ojos,

alegres al fulgor de los aceros,

ricos de luz ante los trapos rojos.

Yo te ofrecí un *requiero de radillas*,

no por hermosa, aunque lo estabas tanto,

sino porque el rotio de tu llanto

en la rosada flor de tus mejillas,

expresaba el afán ardiente y fiero

de un pueblo que, contigo,

en altares pondría lo torero

desde aquel rompe-lanzas, Cid Rodrigo,

hasta este abre-bóriles, *Asoblo*.

Deja el llanto, tarófila hechicera:

si el Domingo de Pascua traje ludo,

á ofrecerte un don Luis ante la fiera.

«¿Domingo vendrá de Casimiro?»

«Mas si llave también ese domingo y la empresa por fin se precipita, ¿por qué en cada capote ver un pingo y náfrago en el rasdo al hacer *Guerritas*?»

«En Abel aguas mil», dice el adagio; y, si el refrán se cumple, ¿por Dios vivo que no tome el contagio de esa loca afición por que te escribo!»

«Que luzca el sol y luzca la alegría, y entonces vengan toros con el sabroso pan de cada día. Que los cristianos lidien ó los moros, y que sirva palitos el Medrano que es antiguo en la Plaza y buen cristiano. Pero gíelos con lluvia y que la empresa le diga al abonado: ¡chúpate eso!»

A los hoy como ayer aficionados los cuernas en remojo dan enojos; no los quiero, mi niña; ni aun pasados por el agua bendita de tus ojos.

EDUARDO BUSTILLO.

RESIGNACIÓN

Don Bernabé Manganese (hombre recto, exacto y fino, pero raro hasta el exceso), tenía en Cuba un sobrino más rico que el misero Creco, y un buen regalo mensual del sobrino recibía;

porque casi era filial el cariño sobrina que el muchacho le tenía.

Según he sabido yo, el penúltimo presente que Bernabé recibió fue un lorito, al que dotó de jaula inmediatamente.

Sus plumas eran preciosas y sus frases deliciosas; pero como el que lo trajo le enseñó á decir... mil cosas incultas con desparpajo,

le dijo el amo, hecho un toro: «Saca la patita, loro, y salta tras de la pata, pues tu falta de decoro me está dando á mí la lata.»

Despidió al bicho por malo, quedando el hombre molinero hasta que á su casa vino

otro apreciable regalo de su apreciable sobrino.

Efectivamente fué un regalo de mistó, toda vez que consistió en un saco de café como nadie lo tomó.

«Grano verde, hermoso, grueso, en fin, á pedir de boca!» (Don Bernabé Manganese recibió con embeleso la flor y nata del mokal)

«Pero se empeñó en tomar el rico fruto cubano de un modo particular: echándolo en la taza el grano sin moler y sin tostar.»

«¿Toma usted crudo el café y en grano, don Bernabé? (le dije un día en su cara).»

«No he visto cosa más rara que esos caprichos de usted!»

«—Son fáciles de explicar. —¿Y en dónde su origen tienen?»

«—En el adagio vulgar que dice que *hay que tomar del agua muy fresca».*

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

UN CRÍTICO INCIPIENTE

SR. D. JOSÉ ECHEGARAY.

Ilustre y respetable amigo: Al darle á usted las gracias por los ejemplares de sus últimas obras que ha tenido la bondad de regalarme, le decía que iba yo á ver aquí, en Oviedo, patria de usted... por afinidad, como si dijéramos, nada menos que el estreno provinciano de *Un crítico incipiente*, y que, descontando la tara de la representación, procuraría figurarme lo que era la obra y decirle mi parecer, ya que usted no quiere, y hace bien, meras impresiones.

Pues bien, anoche he visto la comedia y voy á darle cuenta del estreno. Todo es estrenar, y así como su D. Antonio consultaba la opinión de su criada, tal vez usted quiera saber lo que opinamos en este rincón de Asturias, cuna de la monarquía y de los Pidales, que nos están haciendo la cama á todos.

En materia de cómicos españoles usted es optimista, ó tal deja creer, y yo pesimista; así es que no podemos entendernos. Pero más vale, para el caso presente. Porque usted optimista creerá que los actores del Español, por ser del Español, son buenos, y es claro... ¡comparados con ellos los de un teatro de provincial! En cambio, yo creo que el verlo todo negro en materia de cómicos españoles es la hija, y de aquí que para mí no haya, en general, gran diferencia de los cómicos de pueblo á los cómicos de la corte. Peor cómico que Donato Jiménez, en mi opinión, no se puede ser. Pero voy más allá. Yo, en este punto, tengo una clase de experiencia que usted no tiene y que tienen pocos. Yo he vivido once años en Madrid, muchos de ellos ejerciendo de *incipiente* y un sí es no es de *implacable*, y en provincias he visto mucho teatro también. ¿Pues sabe usted lo que he sacado en limpio? Una cosa que usted ha de comprender ó entrever, porque es usted un líncos para intuiciones de ternura y *última humana*. Verá usted. Hay, entre horrores de mala declamación, de amaneramientos, imitaciones, estilos trasnochados, hay á veces en tal ó cual cómico ó cómica, de estos que andan por las provin-

cias, destellos de inspiración, temperamentos de naturalidad artística que no se ven en los actores *madurados* más renombrados. Son ráfagas, ó son cualidades aisladas, perdidas en el caos de los defectos clásicos del cómico de la legua; son verdaderos liques de arte perdidos, aislados; una joya en lugar inaccesible. ¡Qué tristeza da ver esto! El público provinciano, distraído, poco delicado, nada perspicaz, no aprecia generalmente estas bellezas pasajeras, estos méritos mezclados de defectos y que nadie ha pregonado; el artista que tiene ese talento inutilizado, esa aptitud perdida, se ve condenado en el anacronismo autoritario que envuelve á toda la compañía. ¡Puf! (Cómicos de la legua... En su drama de usted, *Das fanatismos*, yo recuerdo haber visto aquí á un galán joven decirle á su padre no sé qué cosas de ternura y respeto y protesta de tal manera, que sus lágrimas suscitaban las mías. ¡Ah, D. José! Si viera usted qué naturalidad tan nueva, tan desconocida, tan sugestiva hubo un momento en la voz *atrayentada* de aquel pobre chico feo, pálido, tal vez hambriento!... No se le aplaudió. ¡Qué se había de aplaudir! ¿Por qué? ¿Quién era?... Ni yo recuerdo su nombre. Pérez, Gómez, mentón. ¿Dónde estará ahora? No es ocasión de insistir en esta materia, que merece capítulo aparte. Sólo advertiré que, así como hay quien anda á minas, el día que se quisiera de veras (con dinero) procurar un *cómodo* de actores, se debía salir á estudiar vocaciones, aptitudes por estos teatros de provincia, sin desdeñar la *provincia*, digo, sin desdeñar los de aficionados.

Y ahora vuelvo á mi estreno. Sería una crueldad inútil y hasta nos insigne necesidad sacar á relucir las deficiencias del modestísimo cuadro de compañía que me ha hecho vislumbrar lo que puede ser *Un crítico incipiente*. Pero se me antoja que si á estos simpáticos actores les faltan más de mil para *interpretar* justamente esa comedia, á los del Español han de faltarlos (hablando en general) más de cien. ¿Quién hace ahí de D. Antonio? Quien quiera que sea (pues no es Antonio Vico), ¿qué lejos debe de estar de lo que usted *sobó*? El señor que lo representaba aquí algo entendía de su papel, y me ayudó no poco á figurármelo en escena tal como debiera ser. Al que pude ver acercándose más al término medio de la declamación aceptable, exacta en la expresión, fué al simpático Enrique, el gran *apoyador* de los Segismundos dramáticos. Hacía este papel un galán joven cómico llamado Peral, que le recomiendo á usted, porque es de los que tienen algo: instinto, naturalidad. Es de los que saben moverse y estarse quietos en escena como Dios manda. Lo cual no es poco. Nunca supo eso... ¡tente, lengua! Las decoraciones no tienen defensa posible; son como aquellas que Shakespeare describe en *El sueño de una noche de verano*. (Advierto, en honra de mi pueblo, que esto teatro es el viejo. Busatto nos está pintando magníficos lienzos para el Teatro Campesano, que inauguraremos este año.)

En cuanto al público... Aquí también tenemos las tres ó cuatro aristocracias de ordenanza. Pero la del dinero y la de la sangre no van al teatro, aunque hay honrosas excepciones. De todos modos, el público no está compuesto de críticos y autores dramáticos, ni predominan siquiera los bachilleres.

Y aquí está el mayor mérito del *Crítico incipiente*, á mi entender. Al público de aquí, lo mismo que al gran público de todas partes, la literatura le gusta en la mesa, no en la cocina; quiere comerse los platos, no ver cómo se guisan. La retórica, la crítica, las reñillas y vanidades del oficio no le interesan... Y con todo, usted ha realizado el mismo milagro de Moratin en el *Café*: El público llega á tomar tan á pechos lo del *Castro Ulrico* y lo del *Gran Cerco de Viena* como la prometida de Enrique y doña Mariquita, por la cuenta que las tiene.—En el *Café* el resorte que une la *cuestión crítica con la historia pragmática* del hogar de D. Eleuterio es el hambre; en *Un crítico incipiente* es la *vanidad* de D. Antonio el lazo que sujeta al estreno de D. Pablo el corazón de la niña que hace *pasos* con palabras sueltas, que vuelan como pétalos de rosa deshojados lanzados al viento.

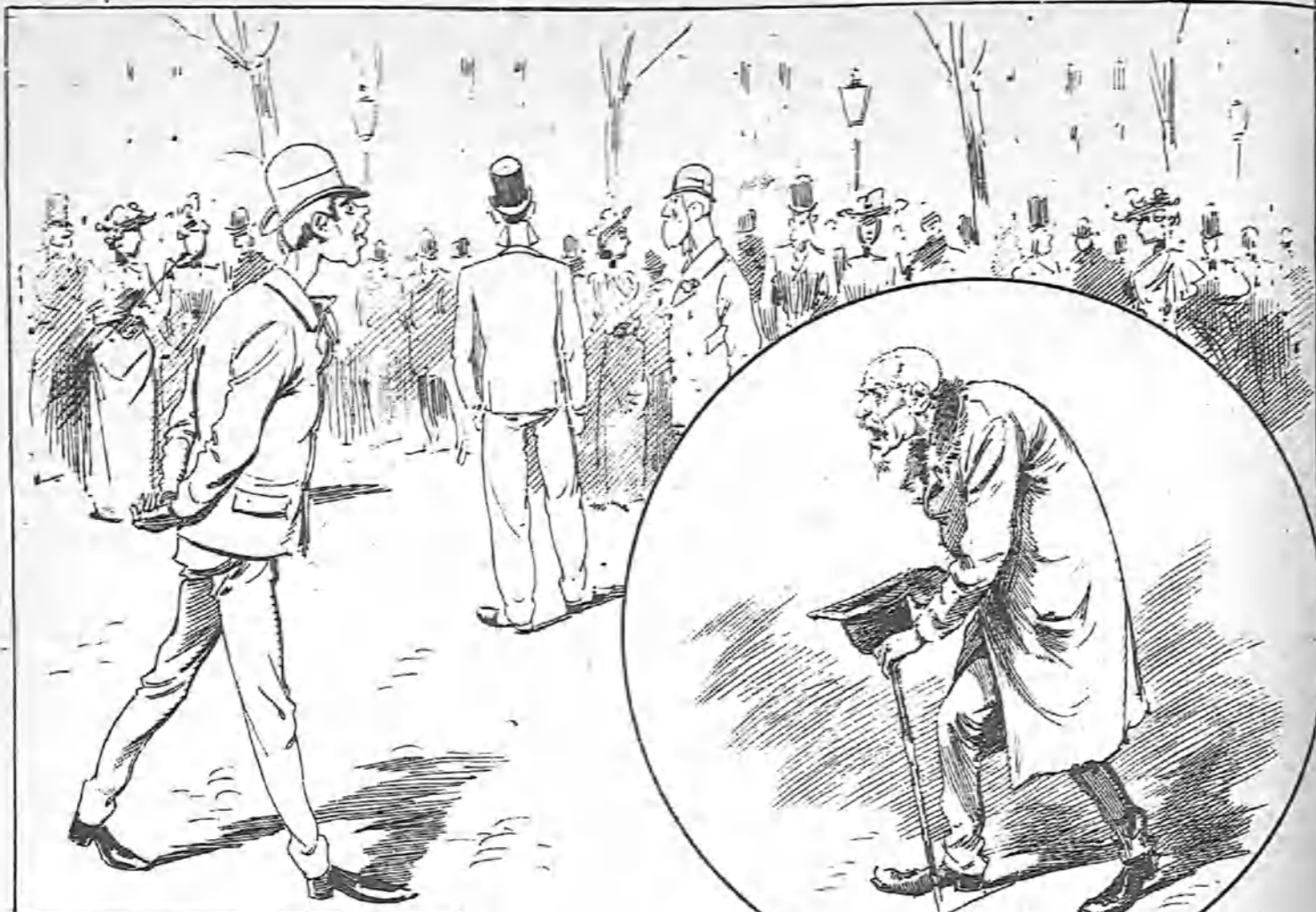
De seguro, D. José, á usted le produjo muy agradable impresión ver á las *galerías* (y aun á las *butacas*) seguir con interés creciente, con simpatía y á veces enternecimiento, la trama de su sátira crítica, benévola y de profundo optimismo discreto y desengañado; pues creo que esa impresión hubiera sido más intensa si usted pudiera haber hecho la misma observación en un público como éste. ¡Oh! sí; bien se puede decir sin paradoja: ¡Poder del genio!

No quiero decir con esto que la *galería*, ni aquí ni ahí, se haga cargo de todas las bellezas de su *comedia*. Digo que la principal la entiende, la siente. El gran arte con que usted ha sabido pintar lo que en la literatura pone el hombre como hombre, no como retórico, da por resultado el efecto nuevo, inesperado de producirse una trama cómica tan real y *total* como otra cualquiera, sin salir del tema *difinitivo*.

Para es el caso que mis artículos de Madrid Comico no pueden ser más largos, y yo tengo mucho que decir todavía. Así, pues, dejo tela cortada para otra semana.

Pero antes de firmar quiero que se sepa que voto con los que se entusiasmaron. Conféssole, mi querido y admirado D. José, que no era yo de los que creían en *comedias* de usted. Al leer la crítica de Balart—que ahora me parece escasa de elogios—me dije: ¡malo! Cuando éste no opina como la mayoría, me temo que se quiere llevar á D. José por un camino que no le conviene. Pero ya veo que no hay tal cosa. Balart, á mi juicio, tiene razón en decir que ni es seguro que usted anuncie una nueva etapa de su *carrera* con esta obra, ni que ella sea superior á todas las suyas. Tal creo. Pero... para ¡hay un encanto tan singular en

LA CALLE DE ALCALA



—A ver si una de estas marquesas se enamora de mí por casualidad, y nos casamos en seguida, y saldo la cuenta con D.^a Eduvigis....



Ruiseñor gentil,
arpa del pensil,
con voz armoniosa
mi oficio es cantar.



Una de las que pasan como rayos y dejan la calle echando bombas.



Encanto de sietemesinos y abismo de hijos de familia.



Los chicos del Curai-club, con los bigotes teñidos



Yo subo y bajo;
soy como el loro:
del coro al caño,
del caño al coro



—Buena casita se ha hecho el blanco! Y ni Dios le dejarán entrar a uno por la alcantarilla.



Le van quince años de esta manera.
¡Piensan morirse sobre la acera!

Las que ya pasaron en la calle Mayor en tiempo de Felipe IV.



La parte más sana de la concurrencia que da vuelticitas con santa inocencia.

Un crítico *incipiente*, una gracia (en el sentido estéticamente exacto) tan seductora, una doctrina tan *humana*, una *experiencia* tan poética... Mire usted, hasta cuando va usted á ponerse algo pesado, por tanto hablar, lo deja á tiempo. Al final hay una verdadera inspiración de este género. Conque, hasta dentro de ocho días. ¡Ah! ¿Qué dice Cañete? Supongo que le tocará hablar de *Un crítico incipiente* dentro de tres meses. No puedo esperar tanto para orientarme.

Suyo afectísimo,

CLARÍN.

¡Á ESOS!

A esos cuantos moralbotes que abasando de las Musas escriben coplas y coplas, cuando no malas, insulsas, y aconsejan á *Fúlsen*, con una lógica absurda, que permanente *huy malo* y que no se case nunca; á esos que tanto alborotan y que á la postre resultan estudiantes de instituto, pero de esos que no estudian, es á los que me dirijo en este romance en *re-o*, que, por no tener asanto, lo enderezo á vuestra pluma. ¿De dónde sacáis vosotros, infelices criaturas, todos esos argumentos y esas necias paparruchas para decirlo á un amigo, presumiendo de facundia: —¡Antes de ir al matrimonio pégate un tiro en la nuca! ¡No hagas ese disparate! ¡Ve que tu ruina es segura!... y otras mil majaderías que al leerlas os denuncian? ¿De dónde sacáis, decidme, esa convicción profunda,

si no sabéis lo que es eso

ni os hace falta alguna?

Lo que hay es que, como chicos,

queréis hombrar sin duda,

y decir vulgaridades

que ya á nadie le resultan.

¡Que las suegras son arpías!

¡Las conocéis por ventura!

¡Que el casero es implacable!

¡Los habéis tratado nunca?

Yo del mío sé decir

que á ningún vecino apura,

y si le pagan, lo toma,

y si no, no lo excomulga.

Pues si no habéis conocido

lo que pesa la coyunda,

¿qué hablar de esa materia,

en la que aún estáis á oscuras?

Tal vez estéis enterados,

por el roce y por la lacha,

de lo que es una patrona

que os asedia y os insulta;

tal vez, hablando de amores,

juzguéis á todas perjuras

porque en vuestras correrías

os la ha pegado una chula;

pero hablar del matrimonio

por lo que así se deduzca...—

sólo al que así la manteca

es fácil que se le ocurra!

FIACRO YRÁVZOS.

FUMEMOS

La vida es un cigarro. Ya se sabe. Se ha dicho siempre y en distintos tonos. Y se fuman los hombres sus hojitas sin saber que se fuman á sí propios, los unos con papel de buena clase, con envoltura pésima los otros, y algunos en vegueros imperiales con su cubierta plateada y todo. Este sabe chupar, y saca el jugo; aquél no sabe, y se le acaba pronto; quién, por fumar de prisa, le consume; quién va apurando el goce poco á poco. Unos encuentran fuerte su tabaco, otros le juzgan demasiado flojo, y después del placer de una chupada les queda el amargor á casi todos. A cada aspiración se va gastando la ilusión de fumar, que es un tesoro, y hay quien tira el cigarro antes de tiempo por echarlas de listo y darse tono. Cuando se va acabando la colilla y quedan en los labios los despojos, ¡qué pena debe dar! ¡Será una cosa de darse en cuerpo y alma á los demonios! Cada lance de amor una chupada, que hace daño y marca, y vuelve loco, chupada la esperanza que se pierde, chupadas los delirios del negocio, heroísmo, amistad, cariño, gloria... todo se escapa á hocinadas, ¡todo! Y á fumar nos obligan; ¡peus fumemos! Ténacelo que no hace es un estorbo. Si se deja el pitillo y no se chupa, resulta luego que se apura solo!

SINESIO DELGADO.

LA PESADILLA

Me dormí, después de haber leído un tomito de cuentos de Dickens.

Los cuentos se titulaban: "El entrecerjo de la calavera," "La sonrisa de hielo," "La vieja del diente largo," "El ataúd venenoso" y otras frioleras por el estilo.

Lo peor de todo fué que, apenas dormido, comencé á soñar, y cuando doy en soñar, mis obsequios con unas tabarras atroces.

Por lo pronto, ya me encontré en tierra para mí desconocida. A un lado el mar, al otro montes altísimos, enmedio dos arbolitos y yo.

—Me ha fastidiado—exclamé.—Se conoce que estoy echado sobre el costado izquierdo. Pesadilla tenemos.

Esta conciencia de que soñaba no fué bastante á evitar que me invadiera un miedo de mil demonios al ver que el mar subía, subía de una manera lenta pero continua.

Trepé á un árbol, haciendo caer al suelo multitud de peces que dormían en las ramas con un buche de agua entre las agallas.

Entonces vi que los arbolitos eran de coral. Aquel sitio debía estar de ordinario invadido y cubierto por las aguas y sólo en éstas podía buscar refugio.

Tendí la vista por aquel océano y por todas partes surgieron disformes bocas y ahorquilladas colas. ¡Cielos! ¡Los escualos!

Los había de todas clases, marrajos, escualos martillos, escualos atigrados, ¡qué sé yo! A lo lejos pasaba un yatch de recreo que navegaba á toda vela. Era el de Julio Verne. El novelista saludaba con la mano á los tiburones y éstos le contestaban gritando:—*Il sent bon! Il sent bon!* (Huele bien.)

Puedo jurar que esta afirmación no pasaba de ser una muestra de benevolencia por parte de los tiburones.

De pronto advertí que la rama más alta estaba articulada por medio de un magnífico gozne de acero Siemens. Debajo de ella, un resorte poderoso y el extremo que debía ser libre y que ofrecía la forma de un sillín de velocipede, violentamente sujeto á otra rama inferior, de tal modo, que bastaba sentarse en el sillín y oprimir el botón que sujetaba aquella especie de catapulta, para que el resorte se distendiera, la rama se enderezase subitamente y el feliz mortal que, sentado en la punta de la rama, recorriese aquel cuarto de círculo, fuese lanzado con velocidad inicial de doce mil yardas por segundo á estrellarse contra el pelado tajo que formaban los montes altísimos.

No vacilé.

Entre ser devorado por los tiburones y morir estrellado contra las rocas, la elección no era dudosa. Me senté, oprimí el botón, sentí por un momento que mi cuerpo silbaba como una bala al rasgar el aire, y quedé perfectamente alojado en una grieta que se abrió en el acantilado para recibirme.

Ni un rasguño. Una capa de líquen raquítico amortiguó el choque. Tan sólo una tremenda erisipela á consecuencia del roce del aire. Ya tenía el mar y los tiburones á trescientos pies por debajo de los míos.

La grieta penetraba profundamente en la masa basáltica: allí estaba la salvación.

Me interné por aquella angostura y caminé con toda la decisión de que es capaz el que vuelve la espalda al peligro cuando no le ve nadie.

De cada zancada, cien metros.

Peró no contaba con la imaginación.

La imaginación es la hembra más sin vergüenza y más infame de cuantas cosas malas crió Dios en este mundo.

¿Qué necesidad tenía yo de acordarme en aquel momento de los pulpos?

Pensar en ellos y aparecer el pulpo, fué todo uno.

Si no hay cosa peor que acostarse del lado izquierdo.

A mi razón se ofreció entonces con la mayor clarividencia que si no me hubieran hecho estudiar historia natural, ni hubiera pasado jamás por las pescaderías de la calle de Cedaceros y de Peligros (que con razón están los pulpos en la calle de Peligros), no hubiera soñado con el que tenía delante. Y téngase en cuenta que antes reviento que transigir con esa cursilería de "....y desperté en mi cama..." Preferiría despertar en la cama de la vecina.

El pulpo se había detenido, y yo... ni que decir tiene. Ni él ni yo éramos augures de la antigua Roma.

Porque nós miramos y no nos reímos.

El pulpo hizo un movimiento y yo me sentí poco menos que convertido en pulpo. Estiró desmesuradamente uno de sus horribles tentáculos, echándolo hacia atrás.

—Menuda bofetada me va á largar!—pensé yo.

El pulpo se afianzó con aquel tentáculo á las rocas que estaban detrás de él, y tirando de su cuerpo retrocedió.

Si retrocedió; y retrocedió más; y cada vez más deprisa, hasta desaparecer en el fondo de la quebraja.

Nada más fácil que comprender la causa del fenómeno: y es seguro que los lectores ya se han dado cuenta de ella. Mi cara estaba tan desfigurada por la erisipela, que yo debí de parecer al pulpo otro pulpo de especie más terrible. Esto es muy frecuente aun fuera de la calle de Peligros.

Y fué lo bueno que con el susto se me deshinchó la cara. Al mismo tiempo y casi sin darse cuenta de ello, yo había emprendido un movimiento ascensional con objeto de salir de la profunda grieta abierta en el basalto.

Había tomado aire, había contenido el aliento y subía como un globo. Lo he hecho mil veces.

Subí hasta salir de la hendidura y me encontré en una altísima meseta que tenía leguas y leguas de larga y como ocho ó diez metros de ancha. Estaba pulimentada como la tapa de un piano: el reflejo del sol sobre aquel pulimento ofendía la vista; y aunque la pendiente que presentaba hacia el lado de la tierra firme era muy ligera, todo se deslizaba forzosa é inevitablemen-

te por aquella resbaladiza superficie, hasta el punto de convertirla en una inmensa cascada de mil clases de cosas. Nubecillas blancas, peces que saltaban desde el mar (que seguía subiendo), objetos perdidos, mujeres, cuernos postizos, monedas y fés de vida, todo marchaba, todo caía por aquel plano inclinado como caen los hilos de agua y las espumas por el azud de un molino.

Y yo me deslizaba también con inefable delicia. Pero ¡ah! ¡cuán pronto hube de arrepentirme! (verbo anti-pático).

Al acabarse los ocho ó diez metros de pendiente me sentí precipitado al espacio y cayendo desde una altura incommensurable. No caía con la elegancia y corrección de las caídas en sueños, no: caía como se cae de un andamio cuando se ganan seis reales y se tienen seis hijos, como se cae al impulso de la gravedad, solicitada por cinco arrobas de personilla, como manda el señor Figares que se caiga, esto es, con movimiento *uniformemente acelerado*; caía como *corpo vivo cade*.

Y vengan metros de caída: aquello no acababa nunca: á cada instante esperaba un ¡paf! tremendo y quedar hecho tortilla. ¡Qué angustia!

Pero hay Providencia.

La cascada seguía precipitando al espacio cosas y personas, como las había precipitado antes de que yo cayera.

Y yo iba tropezando en el aire con todas las que pesaban menos de cinco arrobas y caían más despacio. De estos choques se siguió una disminución en la rapidez de la caída y comprendí la posibilidad de llegar suavemente al suelo.

Ya lo veía. Era una tierra brillante de tonos verdes y profusamente esmaltada de puntos rojos como amapolas.

Mi caída era como había deseado, muy suave.

Volví á mirar á la tierra, de la cual sólo distaba treinta metros, y me estremecí horrorizado y pataleaba como un insensato queriendo entretener, ya que no evitar la caída.

El suelo verde era un tejido de serpientes y los puntos rojos eran las bocas abiertas. La serpiente más delgada era como el tronco de un árbol del Ayuntamiento; lo cual no es mucho para árbol, pero para serpiente....

¿Qué hacer?

¡Recurrir al consabido "desperté en mi cama"! ¡Jamás! Todo lo contrario. Me volví del lado derecho y me dormí de veras.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.



«Un conocido autor dramático de Barcelona está terminando una zarzuela de dos actos y ocho cuadros, presentando la novedad de tomar parte en ella una banda de cornetas y otra con todo el instrumental, ambas formadas por señoritas.»

¿Y ésa es la novedad?

Pues dígame á usted que como la zarzuelita no tenga otra cosa....

Porque todavía nos zumba en los oídos el paso doble de *El chateau blanc*, tocado á pleno pulmón por las coristas de Cerceda.

Y el que da primero da dos veces.

Pero aquí siempre que se le ocurre á uno una novedad es porque la ha visto en alguna parte.

¿Que tú no tienes la culpa?
¿Que el mundo te echó á perder?
Mi madre vivió en el mando
y fué una santa mujer.

FRANCISCO LARROCA.

Leamos:

«Anunciar una edición póstuma de esta importantísima obra es un acontecimiento literario que celebrará todo amante de nuestra inmortal literatura y de la gloriosa lengua de nuestros mayores.»

¡Acontecimiento literario! ¡gloriosa lengua! ¡inmortal literatura!...

No niego nada de eso, pero ¿verdad que, á ratos, parecemos portu- gueses?

—Usted no sabe lo que me está desesperando al insomnio. ¡No pego los ojos en toda la noche!

—Lea usted algo al acostarse.

—¡Vá! ¡Si amo todas las noches *La Correspondencia*, la lea de cabo á rabo, y como si no!

—Pues no le queda á usted más que un recurso.

—¿Cuál?

—Comprar dos *Correspondencias*.

Dicen que te pones pálida al hablar de aquellas horas.... ¿Será porque te arrepientes, ó porque no vuelvan otras?

GERARDO ALVAREZ.

Libros:

La casa del oro ó el tendido de lencerías, viaje cómico lírico en un acto y en verso, de los señores D. José Jackson Veyan y D. Eusebio Sierra, música del maestro Chutea, estrenado con gran éxito en el Teatro de Apolo, donde sigue representándose.

Caracteres contemporáneos, colección de lindísimos artículos del notable publicista D. Manuel Ossorio y Bernardi. Precio, una peseta.

La verdad catalana se titula el primer folleto de una serie que se propone publicar *La biblioteca del libro poseído*. Folleto de batalla que ha de llamar la atención seguramente. Precio, 50 céntimos.

Los trabajadores, pasillo cómico lírico, letra de D. José Jackson y música del maestro Chapí. Se estrenó con gran aplauso en Apolo y obtuvo merecidos elogios de la crítica.

Los políticos de Palencia y su provincia, por D. Donato González Andrés. Cuadern 16.

Los tíndos, juguete cómico en un acto y en verso, original de los señores D. Rafael Ramiro Kinzier y D. José Rodas, estrenado con gran éxito en Lara.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. M.—Madrid.—Los versos enjados de piropos están bien en un álbum, pero nada más que en el álbum.

Sr. D. A. V.—Madrid.—¡Ay! Si usted supiera que no podemos admitir artículos....

Sr. D. B. P.—Madrid.—Cuando el hombre se pone á escribir tonterías es un tren á toda máquina. ¿No hay quien le pare!

P. Firo.—No hay más que una dificultad. Que conozca el epigrama ese desde hace veinte años. Y ya esa malo entonces.

Sr. D. S. O.—Toledo.—Tampoco eso estaría mal en un álbum.

Sr. D. J. M. V.—Madrid.—Seguimos sin poder admitir artículos.

Sr. D. E. A. d'L.—Valencia.—No se ha publicado aquí. Ha sido en *La Semana Cómica*.

Leafar.—Esas consultas son inocentes y sencillas como las mariposas, *Cangrejos de mar*.—Voy á darle un consejo.

¡No vuelva usted á escribir, señor cangrejo!

Un defensor de las letras.—Pues si todos las desfilan de esa manera, perdidas están irremisiblemente.

Rompelanzar.—La intención es buena, ¡Ojalá los versos fueran como la intención! Pero ¡ay! ni mucho menos.

M. d. T.—«Cuando al jardín venías con un ramo de claveles me mirabas, te reías, como tan bonita eres te dije si me querías.»

Pero no se lo diría usted de ese modo, Porque las calabazas eran seguras. *Ferrola*.—El asunto es escabrosillo como él solo. Aquello del estruendo es un ripio muy grande.

Sr. D. C. O.—Eso es, casi llorando.... ¡caramba! y no hay que llorar de esa manera. Si el periódico se titulara «El eco de las tumbas....»

Sr. D. G. J. A.—Madrid.—Perdone usted, pero no lo entiendo. ¿Una mirada *impia* que vierte raudales de oro en el corazón? ¡Cáscaras! ¿Qué quiere decir eso?

Uno que no se cansa.—Si hubiera usted firmado, publicaría alguna cosita de esas en los *Chismes*, pero.... no es cosa de pedir la firma.

Radiantes.—Vaya, por ser corta la publicará íntegra, y se quedará usted tranquilo:

«No te encontraré nunca.
Mi única ilusión es ya la inerte.
Tras horizontes de pesada bruma
duermen mis esperanzas para siempre.»

Filates.—Hombre, esas niñerías tienen gracia, pero de mala ley. Y abgasa usted de las asonancias lastimosamente.

Pleinan.—Si que la había recibido. Pero ¡es tan inocente el asunto y tan mediana la forma!

Angel.—¡Santa Madona! Pero ¿eso lo ha escrito usted en serio? ¡Y le han animado en el pueblo? ¡Pues haya usted del pueblo en seguida, porque acabarán por asesinarle!

Sr. D. M. S.—Madrid.—No está mal imitado del todo. Pero falta mucho para tener carácter de *verdad*, que es lo que se necesita en esos asuntos.

Cuchufletas.—Usted titula la composición «Parece mentira! Y eso digo yo: ¡parece mentira.... que haya quien crea que todos esos versos son octosílabos!

Luzarez.—Ya, ya veo que reincide usted. ¡Y Dios le perdone como yo le perdona! Ambas son más malas que arrancadas.

Epitilla.—No, pues ésa no sirve. ¡Bien lo sabe Dios!

Un desgraciado.—No es usted solo. Porque después de leer eso no hay felicidad posible en la vida; de modo que ya somos dos desgraciados.

Tjeretas.—Ninguno de los dos tiene pizca de gracia.

Sr. D. J. M.—Madrid.—Continuamos en el mismo estado, es decir, sin poder admitir artículos.

Una.—Tiene usted razón que le sobra. Esta semana ha sido terrible. Quedan sin contestación sesenta y cuatro cartas. ¡Y qué le voy á hacer yo, Dios mío!

PRESENTO Á USTEDES.....



al señor Tomás, dignísimo esposo de la
señá Isidora la lavandera.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Val 36

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL.

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINEGIO DELGADO

DIBUJOS DE GILIA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, D.D.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.